

## Homilía del 27 de marzo de 2011

Este tercer domingo de Cuaresma nuestra lectura del Evangelio cambia del Evangelio según San Mateo al Evangelio según San Juan, la historia de la mujer de Samaria en el pozo. En el área donde Jesús vivió y caminó hace más que dos mil años, mucho de la tierra es desierto o semidesierto. Junto con un grupo de Santa Cecilia, yo nunca olvidaré el lento viaje de Jericó a Jerusalén en una carretera de un carril con tráfico de dos carriles llegando hasta un monte pedregoso y estéril con cuevas en todas partes. El área se llama el Desierto de Judea. Paramos de camina hacia Jerusalén en el punto más alto de una de las montañas. Era uno de los lugares más desolados que he visto.

Ahora no me es sorprendente cuando veo las referencias en la Biblia al agua y agua viva. El agua, por supuesto, es esencial para la vida. Una persona puede vivir algún tiempo sin comida, pero no mucho tiempo sin agua. La Biblia comienza en el libro de Génesis con una descripción de un oasis con una abundancia de agua; termina en el libro de Apocalipsis con una descripción de una ciudad que tiene «el río de agua de la vida, transparente como el cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero».

Este episodio de Jesús y la mujer de Samaria que escuchamos hoy día es extraño. Primero, en esos tiempos, ningún hombre con buenas intenciones hablaría con una mujer que no fuera su esposa o miembro de su familia, especialmente si los dos estuvieran solos. Segundo, ningún Judío se asociaría con un Samaritano voluntariamente. Porque los samaritanos eran una raza mixta y una religión mixta y eran considerados herejes por los judíos, y porque habían sido adversarios durante siglos, los judíos odiaban a los samaritanos incluso más que a los gentiles. La mayoría de los judíos preferirían cruzar el río Jordán e ir hacia el norte por rutas más largas y físicamente peligrosas en vez de cruzar por regiones samaritanas.

Sin embargo, Jesús viaja a través de la región samaritana y, aparentemente sin vacilar, pide una bebida de agua. Observen que la mujer se escandaliza porque un judío le pide a un samaritano una bebida de agua; sus discípulos se escandalizan porque Jesús está solo, hablando con una mujer. Nosotros no nos escandalizamos porque recordamos que muchas veces Jesús escogió pasar tiempo con prostitutas y otros pecadores. Ese es el primer mensaje de esta lectura del Evangelio: Jesús rompe con toda tradición para llegar a todos los que somos pecadores, ofrecernos su respeto y su amor.

Observen que no se nos menciona si esta mujer dio a Jesús la bebida. Ella le pregunta cómo él, un judío, puede pedir a una mujer samaritana una bebida. Jesús usa su pregunta para elevar el nivel de la conversación: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, tú le pedirías a él, y él te daría agua viva». Ella sigue siendo hostil. En efecto, dice, «¿Quién te crees que eres?» pero Jesús no se defiende. Él le

## Homilía del 27 de marzo de 2011

aclara que están hablando en dos niveles diferentes: «El que bebe de esta agua [le dice] vuelve a tener sed. Pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed; el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un manantial capaz de dar la vida eterna». Todavía, ella no entiende. En esta parte del Evangelio tenemos el segundo mensaje. Observen la persistencia de Jesús mientras él intenta superar la pared que esta mujer mantiene entre ella y este judío.

Luego, sin avisar, Jesús cambia el tema y se vuelve personal cuando le pide llamar a su esposo. Aunque ella le responde francamente, sigue argumentando: «Señor, ya veo que eres profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte y **ustedes** dicen que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén». Jesús responde de la misma manera en que la mujer habló y en esta respuesta recibimos el mensaje más importante de Jesús:

Créeme, mujer, que se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adorarán al Padre. **Ustedes** adoran lo que no conocen; nosotros adoramos lo que conocemos. Porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, y ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así es como el Padre quiere que se le dé culto. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad.

Hay mucho más en ésta selección del Evangelio para nuestra meditación y nuestra instrucción, pero quisiera resumir lo que he llamado a nuestra atención. Realmente nuestra sed no es de agua. Como el profeta Amos escribió: «Llegará el día, dice Yavé, en que mandaré al país el hambre, mas no hambre de pan ni sed de agua, sino de oír la palabra de Yavé» (Amos 8:11). Y Jesús dice en este mismo Evangelio: «El que tenga sed, que venga a mí. Pues el que cree en mí tendrá de beber. Lo dice la Escritura:

De su seno brotarán ríos de  
agua viva»

(Juan 7:37b-38).

Nuestro persistente, amoroso Señor rompe con toda tradición para llegar a nosotros pecadores. Él nos ofrece su respeto y su amor. Él nos ofrece el agua viva que nos da vida nueva y la renueva en el Sacramento de la Reconciliación. Su deseo es vivir dentro de nosotros para que podamos ser transformados en la manera que lo fue esta Samaritana y aquellos con quién compartió su alegría. Que rompamos las paredes que mantienen a Jesús fuera nuestras vidas para que abramos nuestros corazones y nuestras mentes a él.